—¡Oh!..... sí: el amor de una muger pura, es lo único que satisface el corazon. ¡Ojalá tu alma se fijase en una de esas jóvenes puras como la blanca azucena de los valles, cuyo dulcísimo aliento embalsama la existencia, y cuya púdica modestia seduce y encanta.

—Yo prefiero seducir, á ser seducido: vencer, á ser vencido: alcanzar el amor de la muger del vecino, á que el vecino alcance el amor de la mia. Hé ahí por qué no me caso.

—Cuando yo lo haga—dijo Lisipo,—no te llevaré á mi casa. Seremos amigos; pero fuera de ella.

—Harás muy bien; pero en cambio iremos juntos á la de Sostrata y Frigia.

—Nunca: no dejaré el cariño santo de Agripina, para comprar el torpe y liviano de las impuras *cortesanas:* no haré ese ultraje á la virtud de la primera ni á mi propia dignidad. Bien sabes que á esas casas de vendedoras de falsas caricias, siempre he concurrido con repugnancia, y arrastrado por tí.

—¿Y qué tal te ha recibido Lucila?—preguntó Lúdio á Salustio.

Creon, al oir el nombre de su muger, aplicó el oido.

—Escuchad—contestó Salustio.—Lucila.....

Y el libertino jóven habló en voz tan baja, que ni una sola palabra de lo que hablaba pudo entender el director de la Academia de Música.

De repente se oyeron los preludios dulcísimos de una lira.

—Amigos,—les dijo Salustio cortando la conversacion:—vuelvo al salon á escuchar á Lucila.

—Vamos tambien nosotros—añadieron Lisipo y Lúdio.

Y los tres penetraron en el salon.

Glauco se quedó solo, casi junto á la estatua.

Arbace entonces saliendo de detras de la estatua y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Tengo que hablaros.

Glauco volvió el rostro, y al encontrarse con el egipcio, se sorprendió. Sin embargo, recobrando inmediatamente su aplomo, contestó:

—Decid lo que gusteis, que ya os escucho.

—Aquí pueden oirnos: fuera podriamos hacerlo con mas libertad.

—Pues salgamos.

Arbace y Glauco se dirijieron á la calle.

En los instantes en que ponian los piés en ella, Marcio, desesperado de celos, y no pudiendo permanecer por mas tiempo en el salon, salia del edificio exclamando en la exaltacion de la ira:

—Es preciso que termine esta situacion: se aman, y yo quiero cortar ese amor que es mi tormento. Plinio irá á acompañarla, y yo le esperaré á que vuelva en la calle de las Tumbas. Marchemos.

Y el primo de Eutima se dirijió hácia el solitario sitio de las Tumbas con objeto de esperar allí á Plinio.

¿Qué pasó entretanto con Glauco y Arbace?

¿Qué medidas tomó el celoso Creon contra Salustio?

CAPITULO XIX.

UN ENCUENTRO INESPERADO.—COMPASION HIPÓCRITA.—UN MEDALLON.—SORPRESA.

Marcio, resuelto á exijir de Plinio que se abstuviese en lo sucesivo de galantear á Eutima, marchaba á paso veloz hácia la *Calle de las Tumbas.*

Entregado iba á sus ideas de sangre y de venganza, cuando al llegar cerca de la tumba conocida con el nombre de *Hemicyclum cubierto,* llegó á sus oidos el ruido de algunos pasos.

Marcio dirijió la vista hácia donde estos se escuchaban, y descubrió á una muger que se acercaba lentamente.

El aire, la manera de andar de aquella muger, le hicieron comprender que era jóven.

Marcio presintió que algo de lisonjero le esperaba en aquel encuentro.

No podia descubrir aún las facciones de la muger que se aproximaba; pero su imaginacion le representó una belleza misteriosa.

El primo de Eutima, preocupado con esta lisonjera idea, se olvidó por un momento de Plinio y de sus celos.

Se le presentaba una aventura amorosa, y ante ella, el libertino jóven no pensó mas que en aprovecharse de la feliz casualidad que le presentaba aquella inesperada y venturosa aparicion.

La muger se acercó.

Marcio fijó los ojos en ella, y quedó sorprendido.

Su corazon dió un vuelco dentro del pecho y latió fuertemente de placer.

La muger que tenia delante de sus ojos, á su lado, sola y lejos del centro de la ciudad, era Nicea.

Sus facciones habian quedado grabadas en su mente desde la noche que, oculto detras de los trajes que se encontraban en la pieza de la hermosa, pudo admirar su belleza.

Marcio conocia, pues, á la jóven huérfana, mientras esta ignoraba quién era el hombre que allí veia.

El primo de Eutima, que habia oido decir que Nicea tenia la costumbre de ir á orar algunas veces á la tumba de su bienhechora, pero á quien, sin embargo, nunca pudo encontrar el jóven libertino á pesar de las muchas ocasiones que con ese objeto se habia dirijido á aquel sitio, vió entonces la manera mas favorable para inspirar confianza á la jóven.

—¿Venís de orar por vuestra bienhechora, hermosa Nicea?—le preguntó con agradable acento.

La hermosa huérfana quedó admirada al escuchar aquellas palabras.

—¿Quién sois que sabeis mi nombre? ¿Me conoceis?—preguntó con sincera ingenuidad la jóven, alzando sus bellos ojos hácia Marcio.

—Os conocí en Roma, cuando érais muy pequeña; cuando vuestra excelente madre soñaba para vos un porvenir de ventura—dijo el pérfido Marcio para atraerse la confianza de Nicea.

—¡Ah!..... ¿conocísteis á mi madre?—exclamó la jóven con la alegría que causa el encuentro de una persona que ha conocido á los seres que mas se aman sobre la tierra.

—Mucho: era tan bella y virtuosa, como fué desgraciada: me distinguia con su amistad, y me confió la pérfida conducta del hombre que debió unirse á ella.

Marcio hablaba por los informes que al andar en busca de la jóven, le habian dado algunas personas, aunque ninguna de ellas acertó á decirle el nombre del seductor. Marcio agregó, por su parte, lo de bella y virtuosa, porque sabia que á toda hija le parece que poseyó ambas cosas la muger á quien debe la vida.

—¡Oh!..... sí.....—exclamó Nicea—mi madre era la suma virtud.

—Pero ¿habeis venido sola?

—Me acompañó una esclava; pero me pidió permiso para ir á ver á un hermano mientras yo oraba, y no ha vuelto. Por eso al ver que la noche avanzaba me he propuesto retirarme.

—¿Y á dónde os dirijís?

—A mi casa.

—Tendré el gusto de acompañaros.

—Hasta ella, imposible.

—¿Por qué?

—Cualquiera que me viese sola con vos, podria imaginarse algo contrario á mi buen nombre.

Marcio comprendió que no debia insistir, sino manifestarse de acuerdo con las ideas de Nicea para ganar su corazon, y contestó:

—Teneis razon: las lenguas maldicientes no respetan la virtud ni la amistad: os acompañaré, pues, hasta donde creais conveniente, y me retiraré en seguida para visitaros mañana, si me lo permitís, y hablar largamente de vuestra tierna madre.

—¡Ah!..... sí..... ¡Me es tan grato hablar de ella!..... Ved, aquí teneis su retrato que lo llevo contínuamente junto á mi corazon—dijo Nicea sacando un medallon, y colocándolo en las manos de Marcio.—¡Es mi única compañera..... la única amiga..... la dulce prenda que me consuela en mi tristeza!..... Del otro lado está el hombre que la debió hacer feliz y que labró su desgracia!.....

Mientras así hablaban, iban caminando hácia el centro de la ciudad.

Marcio quiso ver el retrato del medallon, pero la oscuridad de la calle se lo impedia.

—Lo veré mas adelante; donde haya luz—dijo, y siguieron caminando.

Nicea iba contenta, entregada á la conversacion que mas grata podia serle; la que despertaba los mas dulces recuerdos de su infancia.

Marcio, como hombre de mundo, tenia mil recursos para sostener en su error á aquella alma jóven y cándida que desconocia el dolo.

—¿Y dónde vivís, hermosa Nicea?—preguntó el primo de Eutima.

—En casa de Eutiquia.

—¿Dónde queda?

Nicea le dió el nombre de la calle y las señas de la casa.

En aquel momento vieron llegar gente por el rumbo que llevaban.

La jóven, temiendo que la viesen con un hombre, se alarmó, y suplicó á Marcio que se retirase.

—Os espero mañana—agregó.

—No faltaré.

Y Nicea se alejó apresuradamente.

En su afan, se olvidó de pedir á Marcio el medallon.

El primo de Eutima tampoco se acordó de devolvérselo, y se alejó con él, deseoso de ver el retrato de la madre de aquella jóven, y el del hombre infiel que la habia engañado.

Aquello podia darle materia á la conversacion, y alguna luz para sostener en su error á Nicea.

Olvidándose, pues, de Eutima, de Plinio y de su venganza, Marcio se dirijió á su casa.

Entretanto, la reunion en la del general Agrícola habia terminado.

Lucila y su esposo se retiraron sin que el segundo manifestara á la primera, ni sus celos ni sus sospechas.

Salustio, por su parte, preocupado con la idea de alcanzar el amor de la esposa del director de la Academia de Música, se acercaba á su habitacion.

Pero, buscando aventuras amorosas, se habia dirijido por la callejuela que estaba á espaldas de su casa, por donde se entraba al edificio por una puerta secreta.

Por allí solia entrar á su habitacion sin ser visto de sus esclavos, para lo cual se llevaba la llave.

No bien habia abierto la puerta secreta, cuando vió asomarse por la esquina de la callejuela, una muger.

Salustio se ocultó en el fondo de la puerta para no ser visto, y esperó á que la muger se acercase.

Los pasos se oyeron á poco, cerca.

Salustio asomó con precaucion la cabeza, y conoció por el aire de andar, que la que se acercaba era Nicea.

A la vista de la jóven, una idea satánica cruzó por su mente.

Apoderarse de ella.

Nicea vivia cerca de su casa con Eutiquia, y tenia que pasar rozando con el zaguan.

Ningun transeunte se acertaba á descubrir.

La callejuela estaba solitaria y oscura.

Salustio se dispuso á cometer el rapto, sin temor de ser visto.

Nicea se acercaba entretanto, entretenida su mente con la idea de su amorosa madre.

A poco la sombra de su cuerpo se dibujó en la puerta en que estaba oculto Salustio.

La jóven dió un paso mas.

De repente se sintió afianzada del brazo y empujada hácia adentro.

Un grito se oyó en seguida, y el golpe de la puerta que se cerraba.

Despues todo quedó en el mas profundo silencio.

En los mismos instantes que esto sucedia, Marcio, con el medallon en la mano, y ya en su alcoba, se acercó á la luz para ver los retratos.

Sus ojos se fijaron en uno y luego en otro.

—¡Qué veo!..... —exclamó asombrado.—¿Será posible?..... ¡Ella..... ella la hija de.....

Marcio no pudo acabar.

Su asombro le cortó las palabras, y quedó abismado.

CAPITULO XX.

INQUIETUD DE MARCIO.—CORRE Á CASA DE EUTIQUIA.

Marcio no pudo dormir ni un solo instante.

Toda la noche la pasó pensando en el encuentro de Nicea y en el medallon que le habia entregado.

Desde muy temprano abandonó el lecho, y se puso á pasear por su alcoba con marcada inquietud.

Marcio sacaba el medallon, miraba uno de los retratos, y lo volvia á guardar, para sacarlo y verlo otras mil veces.

El primo de Eutima esperaba con impaciencia que fuese un poco mas tarde para correr á casa de Nicea.

Trascurrida media hora mas, y no pudiendo contener el afan que sentia por verla, salió de casa, y se dirijió á la de Eutiquia.

Al llegar encontró á todas las personas que la habitaban, en la mayor consternacion.

—¿Está en casa la jóven Nicea?—le preguntó al portero.

—No señor; desde anoche no viene.

—¡Cómo!

—Ignoramos qué ha sido de ella y de la esclava que la acompañaba.

—¿Será posible?..... —exclamó sorprendido Marcio.

—Pasad, si gustais: mi ama Eutiquia os podrá decir mas que yo.

Marcio entró con el corazon sobresaltado, y se encontró con Eutiquia y una esclava que la acompañaba.

Ambas tenian impresa en su rostro la inquietud.